

homenaje a la revolución de octubre

Con motivo del 49º aniversario de la Revolución de Octubre, diversos parlamentarios rindieron homenaje en el Senado, a este importante hecho histórico en el proceso de liberación de los pueblos.

Como homenaje entregamos la versión textual del discurso del senador Aniceto Rodríguez, pronunciado en esta ocasión.

Señor Presidente, el Partido Socialista adhiere con sumo agrado al legítimo homenaje que la Corporación rinde a la revolución bolchevique de octubre de 1917.

Al cumplirse cuarenta y nueve años de su gloriosa implantación en la Rusia de ayer, hoy poderosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, todo revolucionario auténtico ha de comprender el maravilloso aporte que implicó la conquista del poder por los hombres y mujeres humildes —campesinos, obreros, soldados, marinos— que bajo la genial conducción de Lenin dieron vida a los Soviets, incipientes primero, pero llenos de valor y pujanza, que fueron, con el tiempo, consolidando una realidad socialista innegable.

Allí alumbró lo que, teóricamente, habían ido acumulando dos pensadores geniales: Marx y Engels. Ellos fueron, por así decirlo, los descubridores de una gran filosofía política. Ellos fueron estructurando la doctrina marxista, descubrieron las leyes científicas y los principios inobjetables de materialismo dialéctico, del materialismo histórico, y acumularon ideas macizas e indestructibles, en que todo se resumía en que la historia de los pueblos es una incesante lucha de clases.

Con diversas formas, en diversos estudios históricos, se fue comprobando cómo los desposeídos de siempre habían tenido que sufrir la expropiación de unos pocos, y cómo las leyes de las economías capitalistas quedaban hechas trizas ante la argumentación científica del marxismo. Todo, sin embargo, permanecía como en una especie de prólogo histórico. Allí estaba la portada del pensamiento fundamental. Allí estaba la doctrina científica; pero faltaba quien plasmara el pensamiento vigoroso de aquellas grandes figuras.

Es indudable que corresponde a Lenin, genial constructor de la

sociedad socialista soviética, tomar en sus manos y en su conciencia este legado maravilloso de Marx y Engels. Y Lenin no lo improvisó: luchó años, desde la adolescencia, por ir lucubrando la estrategia fundamental para que su pueblo alcanzase el poder.

En sus viajes numerosos, en los contactos internacionales, queda de manifiesto su vivaz espíritu polémico. También hay testimonio de él en escritos surgidos de su pluma creadora y fecunda, que da impulso vital a los periódicos de la resistencia, allá, en Siberia; en las cartas a su madre y a sus hermanas, y en las encendidas discusiones con quienes desviaban el camino ideológico. No cabe duda de que Lenin es, para todos los que abrigamos un pensamiento socialista, el conductor genial de la revolución.

La verdad es que admira, a quienes tuvimos oportunidad de visitar la Unión Soviética como integrantes de la misión parlamentaria, el año pasado, deambular por los sitios en que estuvo Lenin, por los ambientes en que vivió, escribió y encendió su voz ante el Congreso de los Soviets, allá en el viejo palacio de Smolni; recordar cuando llega triunfante al Kremlin y, en vez de aprovechar de las cosas elegantes y regaladas de los zares —de sus camas lujosas, de sus comedores con platerías, de sus salones multicolores—, él va a la esquina del palacio, a alojarse donde estaba la servidumbre, con modestia ejemplar que han de continuar los que lo siguen; cuando, escondido en una roca o en una choza, allá, en el Petrogrado antiguo —el Leningrado de hoy— animaba la resistencia; cuando se observa en los cuadros todo ello y se evoca el momento en que clandestinamente llegaba a encender el polvorín cuyo disparo inicial sale del barco "Aurora"; cuando se ven sus escritorios modestos, donde nunca descansó su voluntad ni su pluma para animar a la prensa obrera, el escrito ideológico, la carta a sus amigos en el exterior, para enmendar errores, ¡uno comprende cuán grande figura es la de Lenin!

Así también se comprende que el pensamiento creador de Marx y Engels, unido a la maravillosa creación del pensamiento y la acción de Lenin, hayan llegado a estructurar la filosofía marxista-leninista, que, por fortuna, es la que inspira las grandes corrientes ideológicas mundiales, unas en el poder, otras, en la resistencia.

El poder penetrante, el desafío histórico de las grandes corrientes vivificantes del proletariado universal va abriéndose paso. Las formas capitalistas de poder tienen que irles cediendo terreno. La pequeña experiencia allá en el Leningrado incipiente, olvidada por muchos en su época, se abre camino de tal manera que ya un millón de seres se incorporan a la convivencia socialista, con diversas variantes, con idiosincrasias nacionales. Pero el hecho fundamental es que el cordón umbilical del pensamiento marxista-leninista va animando grandes y multitudinarias corrientes sociales, que asumen en diverso grado el poder popular.

De ahí que los socialistas chilenos, desde que nacimos a la vida

política, tomásemos como nuestra la columna vertebral del pensamiento marxista y viéramos en Lenin uno de los ejemplos más creadores de la recia voluntad revolucionaria de un pueblo.

En aquel entonces, la tarea parecía imposible. Ubicado el problema en su tiempo, algún timorato —que no faltan— podría haber caído, como caen algunos en América Latina, y particularmente en Chile, en la engañosa teoría del fatalismo geográfico-político. Para un pueblo cercado por el capitalismo imperial agresivo, explotado por la vieja nobleza de los zares, humillado en manos de grandes latifundistas, parecía que la revolución bolchevique no tuviera destino, como algunos lo auguraron para América Latina.

A pesar de todo, casi después de cuarenta años de la experiencia bolchevique —un breve tiempo histórico, por supuesto—, surge el gran desafío, en América Latina, de la revolución cubana. En las mismas narices del amo imperialista, nace una nueva experiencia, en pequeño, pero que indudablemente rompe el esquema del continente, para alzar también su gran reto histórico.

Nosotros estamos conscientes de que, en el caso chileno, se equivocan profundamente los muchos que caen en el mencionado fatalismo geográfico-político, como lo hace el órgano central del partido de Gobierno, al afirmar una y otra vez que para el Frente de Acción Popular no hay, en Chile, un hueco bajo el sol.

Más allá del cerco político-castrense que rodea peligrosamente a Chile; más allá de la fortaleza, falsa en definitiva, del imperialismo, no cabe duda de que la revolución latinoamericana camina soterradamente, a veces a grandes zancadas. Y los hombres y mujeres del FRAP, al recordar ahora el cuadragésimo noveno aniversario de la revolución rusa, experimentamos un estímulo extraordinario, que nos afirma en la creencia de que siempre estará presente para nosotros una buena y saludable tarea revolucionaria.

Allí se empezó, desde luego, por lograr que el pueblo se fundiera. El movimiento popular fermentó, como levadura, hasta inspirar lo que en aquella época fue gran instrumento defensivo y ofensivo: el Ejército Rojo, un ejército sostenido por el partido bolchevique, por sus estructuras más recias, y en que el sentido de patria y nacionalidad campeó desde el principio. Y ese Ejército Rojo, andrajoso al comienzo, no alimentado, sin pertrechos, fue capaz de sostener el bloqueo imperialista, de vencer la resistencia de un cerco prolongado y de abrir paso a lo que era la esperanza, la que permitió construir, propiamente, la sociedad socialista.

Desde luego, hubo un tiempo, pasados los primeros riesgos, cuando se dictaban los primeros decretos de Lenin, en que los problemas del pan, de la paz y de la tierra eran las directrices fundamentales de la revolución bolchevique. Pero ya entonces, a pesar del aislamiento, empezaron a trazarse las primeras bases de una economía planificada: los planes quinquenales. Y es evidente que hubo gran sacrificio interior para cimentar la economía socialista.

Desde el punto de vista de nuestro partido, nunca aceptamos un período, que estimamos regresivo, de deformación de los verdaderos principios del socialismo científico: la vigencia del régimen staliniano. Es posible que, para muchos, ese lapso haya sido históricamente necesario. En todo caso, pensamos que habría sido preferible y habría avanzado más velozmente la revolución mundial si no hubiera existido el problema del stalinismo represivo y degradante en cuanto a la personalidad del hombre.

Pero, más allá de este accidente en la evolución y desarrollo de la Unión Soviética, no cabe duda de que antes y después de la segunda gran conflagración mundial se estuvo construyendo, de ello son signos inequívocos que allí se produce el término de la explotación del hombre por el hombre, se crean las bases fundamentales para estimular la propiedad social sobre los medios de producción, se intensifica el desarrollo planificado de la economía, se da un impulso gigantesco a la industrialización y a su diversificación y se realizan avances culturales y científicos sorprendentes. Tomando como hito el año 1917, cuando el 95 por ciento de la población era analfabeta, llegamos al año 49 de la construcción del socialismo en ese país, cuando el campo propiamente soviético tiene más de la cuarta parte del total de los científicos del mundo. Así se explica que hayan sido los primeros en las conquistas del espacio, así como los primeros en tocar la luna, en enviar naves espaciales combinadas y en lanzar un hombre al espacio infinito; así se explica que, en su carrera inútil, el imperialismo norteamericano siempre tenga que seguir a la zaga de los grandes adelantos científicos espaciales de la Unión Soviética.

Cuando visitamos el territorio soviético, comprendimos mucho más cabalmente por qué es serio y honesto el propósito de luchar por la paz y la coexistencia pacífica. Habiendo ya soportado la Unión Soviética los embates del primer cerco, en la segunda gran conflagración, Hitler, creyendo, como otros en la historia, que Rusia y la Unión Soviética eran presas fáciles, se adentra en las grandes llanuras y cerca a Moscú, Stalingrado y Leningrado. Mueren 20 millones de soviéticos, se destruyen grandes ciudades y se aplasta la economía incipiente o mediana de aquel país. Sin embargo, de nuevo el Ejército Rojo, con su levadura popular y bajo el impulso dinámico de una concepción socialista de sus deberes, vuelve a aplastar a las hordas hitlerianas, y la Unión Soviética sale nuevamente victoriosa.

Y siempre en el corazón del hombre soviético, siempre en el corazón de la mujer soviética, siempre en el pulso inicial y balbuceante del niño soviético, está la gran concepción de la patria y de la nacionalidad, que son factores indudablemente desconocidos, o perturbados, o deformados por el mundo capitalista.

Lenin fue uno de los creadores de un gran principio, que ningún revolucionario puede olvidar: el internacionalismo proletario, en el sentido de que cada movimiento revolucionario debe prestar

la más amplia, extensa y prolongada solidaridad a todos los pueblos y movimientos oprimidos por formas coloniales, semicoloniales o imperialistas de poder mundial.

Pero junto con eso, no cabe duda de que en el trasfondo del problema ideológico se fue creando en la Unión Soviética un sello indudable de patriotismo y nacionalidad, que aflora por todos los poros de sus orgullos nacionales por todo lo que han creado.

Y cuando conversamos con sus dirigentes, cuando se celebran memorables congresos en que se mira al pasado con orgullo, pero también con espíritu crítico, advertimos cómo ha sido saludable en la Unión Soviética condenar, por ejemplo, el personalismo, condenar la condición individual de un pueblo o un partido, y cómo ha sido saludable y creador el trabajo colectivo, en equipo, en la dirección de las vanguardias.

También es importante que en la evolución del pensamiento soviético se haya estimado posible en el campo socialista, para quienes ya llegaron al poder y para quienes esperamos nuestro turno, que toda la corriente vivificante de contactos se efectúe a base de un policentrismo ideológico en que cada país, cada movimiento, busque su ruta y su destino por los propios y originales caminos que les ofrece su realidad nacional. Este hecho central está claro en la mente de todos los dirigentes del campo socialista, y uno lo recibe con satisfacción cuando entabla diálogos constructivos, como el que particularmente sostuvimos con el primer dirigente de la Unión Soviética, el amable compañero camarada Brezhnev. Eso es saludable, señor Presidente. Es saludable porque, luego de la experiencia leninista de 1917, hay otros procesos, otras experiencias, otras victorias, otros retrocesos que están probando este aserto fundamental. Y la revolución cubana constituye, a nuestro juicio, uno de los ejemplos más recientes de esta afirmación fundamental que ha reiterado desde su nacimiento nuestro Partido Socialista.

Ya dije que en nuestro viaje por Unión Soviética nos impresionaron muchas cosas. No sólo la fina y delicada atención de sus autoridades, sus parlamentos, sus dirigentes sindicales, los modestos koljozianos y sus autoridades científicas. Todo resulta valioso en el encuentro de quien va sin prejuicios y sin anteojeras. Allí puede uno visualizar mejor, más de cerca, el progreso gigantesco de esa nación.

Pero tal vez —no sé si porque es mi debilidad— lo admirable resulta que el actor central de la sociedad soviética viene a ser en definitiva el niño. Cuánta preocupación, cuántos recursos, cuánta planificación, no diré que se derrochan, pero sí que se acumulan creadoramente en la defensa del niño. Desde que nace, mientras crece, cuando tiene a su alcance los palacios infantiles y los centros de recreación, cuando se le toma para continuar regularmente sus estudios, en particular si posee talento, merece especial atención. Y al joven no sólo se le da acceso a educación completa

en los ciclos primario y secundario, sino que también se le permite salir a buscar becas, impulsado fundamentalmente a los conocimientos científicos y técnicos, a fin de abastecer una demanda creciente para el proceso y montaje de nuevas fábricas e industrias, que en grandes saltos alcanzan y sobrepasan las metas, por ejemplo, del último plan septenal.

Indudablemente, llama la atención la multiplicidad de naciones, con dialectos, idiomas y costumbres distintos, como también con orígenes históricos diferentes, pero todas unidas fraternalmente en la convivencia de una sociedad nueva y construyendo más aceleradamente una sociedad socialista.

Por eso, al sumarnos los socialistas chilenos al cuadragésimo noveno aniversario de la revolución rusa, rendimos nuestro homenaje a ese noble y hospitalario pueblo. Deseamos éxito creciente a sus grupos dirigentes, al partido vanguardia, que constituye la rectoría de aquel país: al Partido Comunista de la Unión Soviética.

Expresamos nuestro saludo al Presidente del Soviet Supremo, y sugiero que, en nombre de los sectores que hemos adherido a este homenaje, se le envíe un saludo de felicitación o congratulaciones por este nuevo aniversario.

También nuestro saludo y nuestro afecto a los representantes diplomáticos de la Unión Soviética en Chile; al señor Alejandro Anikin y al personal de su Embajada, con quienes hemos intercambiado permanentes y muy fraternales vinculaciones, y cuya exquisita atención se ha manifestado siempre con los más variados nacionales que han conocido la hospitalidad de su casa diplomática.

Deseo también que el señor Presidente, en nombre nuestro, transmita nuestro pesar al Presidente del Soviet Supremo por el lamentable fallecimiento de un hombre a quien conocimos de cerca en Chile, como presidente de la Comisión parlamentaria que visitó nuestro país y que tuvo valiosos contactos y experiencias con nosotros; un viejo valor del Partido Comunista soviético, un gran constructor de la revolución, un hombre al que resulta injusto ver alejarse de la vida en forma tan prematura.

Al terminar mis palabras, reitero lo que dije al comienzo. Resulta grato llegar a un aniversario tan señero y de una revolución tan ejemplar; recordar a Lenin, a los pioneros de la revolución, y hacer notar cómo, en el conjunto histórico, ahí tenemos a un país convertido en una de las dos más grandes naciones del orbe, que busca realmente la paz y la coexistencia. Este es un problema que se comprende en el campo europeo, pero que, seguramente trasladado a América Latina, para muchos resulta incomprensible, en particular por la inexperiencia de una guerra y, sobre todo, cuando tenemos al frente, a los costados y por detrás, por todos lados, el acosamiento de una fuerza imperialista agresiva, tenaz y despiadada que apoya a gobiernos "gorilas", castrenses; que levanta

infamias y calumnias contra los hombres del movimiento popular y que arma mercenarios para liquidar lo más valioso de un pueblo alzado en guerrillas andinas, como el caso del cura Camilo Torres, pero que, pese a todo, es un ídolo con pies de barro. La experiencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha demostrado la fragilidad del imperialismo. Lo mismo ha demostrado, en Asia, un pueblo pequeño y heroico como Vietnam, que está resistiendo de manera ejemplar y épica. Otra demostración la encontramos en los pueblos de Asia y África, como también, en diversos grados en los movimientos y corrientes revolucionarias de América Latina.

Por eso, al rendir homenaje a la revolución de 1917, renovamos nuestra fe, nuestra gran esperanza en la victoria revolucionaria de nuestro pueblo, para tener un segundo fanal en América Latina.

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

SUSCRIPCIONES:

ANUAL (12 números)	E° 14,00
SEMESTRAL (6 números)	7,50
NUMEROS SUELTOS	1,30

ES UNA PUBLICACION DE
PRENSA LATINOAMERICANA, S. A.
CASILLA 10430 - SANTIAGO